

Encuentro de reflexión sobre el trabajo.

6 de agosto 2026

Mons. Eduardo García

1. EL TRABAJO VALE MUCHO MÁS QUE UN SUELDO

a. El trabajo no es una mercancía ni un bien de uso

Hoy, en la Argentina, hablar del trabajo no es una discusión económica. Es hablar de la vida de millones de personas.

Hay quienes perdieron su empleo y no saben cómo volver a empezar. Hay quienes trabajan diez o doce horas por día y, aun así, no llegan a fin de mes. Hay jóvenes que estudian y se esfuerzan, pero sienten que el futuro siempre queda un poco más lejos. Hay padres y madres que cargan con la angustia de no saber si podrán sostener a su familia. Y también hay jubilados que, después de toda una vida de trabajo, sienten que el esfuerzo de tantos años ya no es reconocido.

En medio de esta realidad aparece una pregunta decisiva: **¿qué es el trabajo?**

Si el trabajo es solamente una mercancía, entonces tendrá el precio que marque el mercado. Si es apenas un costo de producción, siempre habrá alguien dispuesto a abaratarlo. Y si el trabajador vale únicamente por lo que produce, cuando deje de ser rentable será considerado un problema y no una persona.

Ésa es la lógica que hoy amenaza a nuestra sociedad: la lógica del descarte. Una lógica que convierte al trabajador en un número, en un costo, en una variable de ajuste.

Pero nosotros estamos llamados a decir algo distinto.

El trabajo no es una mercancía ni un bien de uso.

Porque una mercancía se compra y se vende. Un bien de uso sirve mientras funciona y después se reemplaza. Pero detrás de cada puesto de trabajo hay una persona con un rostro, una familia, una historia, un esfuerzo y un sueño.

El trabajo nunca puede separarse del trabajador. Lo que trabaja no es una máquina. Trabaja una persona. Y la dignidad de una persona nunca depende de la cotización del mercado ni del balance de una empresa.

Por eso la Doctrina Social de la Iglesia afirma que el trabajo tiene prioridad sobre el capital. No porque el capital no sea importante, sino porque el dinero no crea por sí solo. Son las personas las que crean riqueza, producen, innovan, educan, curan, construyen, cultivan, transportan y sostienen la vida de una Nación.

Defender el trabajo no significa solamente defender un salario. Significa defender la dignidad humana.

Porque el sueldo permite vivir.

Pero el trabajo nos hace sentir útiles, nos permite servir, construir un futuro y vivir con dignidad.

Y una Argentina que convierte el trabajo en una mercancía termina convirtiendo también a sus trabajadores en descartables. En cambio, una Argentina que vuelve a poner a la persona en el centro descubre que la mayor riqueza del país no está debajo de la tierra ni en los mercados financieros.

La mayor riqueza de la Argentina son sus trabajadores.

Vamos verlos por partes....

b. Cuando perder el trabajo hiere la dignidad

¿Por qué duele tanto perder el trabajo? Si fuera solamente una forma de ganar dinero, bastaría con reemplazar ese ingreso para resolver el problema. Pero todos sabemos que no es así. Quien pierde el trabajo no pierde sólo un sueldo. Muchas veces pierde la posibilidad de sentirse útil, de sostener a su familia con el fruto de su esfuerzo y de mirar el futuro con esperanza. Poco a poco aparece una pregunta que hiere el corazón: «¿Todavía sirvo para algo?».

Eso demuestra que el trabajo vale mucho más que un salario.

El sueldo sostiene la economía; el trabajo sostiene la dignidad.

Vivimos en una cultura que mide todo por la productividad, la rentabilidad y el éxito. Mientras una persona produce, parece importante; cuando deja de producir, corre el riesgo de ser descartada. El papa Francisco llama a esta realidad la cultura del descarte: una cultura que no sólo tira cosas, sino también personas.

c. Una vocación desde el comienzo

El Evangelio mira de otra manera. Desde las primeras páginas del Génesis descubrimos una verdad sorprendente: antes del pecado ya existía el trabajo. Dios puso al hombre en el jardín «para que lo cultivara y lo cuidara» (Gn 2,15). El trabajo no nació como castigo. Nació como una vocación.

Dios no creó al ser humano para que fuera un espectador de la historia. Lo llamó a colaborar con Él. Dios Hizo la creación y le dijo: “Ahora te toca a Vos”

Le confió una creación abierta y lo invitó a seguir haciéndola crecer.

Como dice el papa Francisco: «El trabajo nos hace semejantes a Dios, porque trabajando participamos en su obra creadora».

Cada trabajo honesto responde a ese llamado. Cuando un agricultor siembra, un albañil construye, un docente educa, un médico cura o una enfermera acompaña a quien sufre, Dios sigue actuando por medio de manos humanas.

Cada trabajador hace el mundo un poco mejor.

d. Las personas valen más que lo que producen

Todos sabemos cuánto cuesta un buzo o un par de medias. Sin embargo, detrás de ese buzo, de esas medias y de tantas otras cosas hay horas de trabajo, que incluso podemos calcular según el valor de una hora de salario. Pero, en realidad, no son sólo horas de trabajo: son horas de vida.

Quien confeccionó ese buzo o esas medias dejó allí una parte de su vida. Entregó tiempo que nunca volverá, esfuerzo, dedicación, cansancio, creatividad y esperanza. Esas horas de vida no tienen precio. Por eso, cuando olvidamos a la persona que hay detrás de lo que consumimos, corremos el riesgo de ponerle precio a aquello que, en realidad, tiene dignidad.

Nunca debemos medir el trabajo sólo por sus resultados. Detrás de cada tarea hay una persona.

Las herramientas tienen precio; las personas tienen dignidad.

Cuando olvidamos esta verdad, el dinero ocupa el lugar de la persona, la rentabilidad reemplaza a la solidaridad y el trabajador termina convertido en un número.

Reducir el trabajo al salario es empobrecerlo. Reducir a una persona a lo que produce es todavía peor. El trabajo vale mucho más que el dinero que genera, porque expresa quién es la persona y para qué vive.

No existen trabajos pequeños.

Existen miradas pequeñas.

Toda tarea realizada con amor tiene un valor inmenso. Sin trabajadores no habría escuelas, hospitales, caminos, fábricas ni hogares. Detrás de todo lo que disfrutamos hay hombres y mujeres que trabajaron antes que nosotros.

El dinero puede comprar muchas cosas, pero no puede comprar la alegría de sentirse útil, la paz de quien hizo bien su tarea ni la satisfacción de haber servido a los demás.

Trabajar no es solamente producir. Trabajar es servir.

Entonces aparece una pregunta que cambia nuestra manera de vivir: cuando termina la jornada, ¿qué vale más: lo que ganamos o el bien que hicimos?

El mundo mide el éxito por lo que acumulamos.

El Evangelio lo mide por lo que entregamos.

Por eso el trabajo no es solamente una obligación. Es una vocación. Es una misión. Mientras creemos que simplemente estamos haciendo nuestro trabajo, Dios fortalece familias, sostiene comunidades y siembra esperanza.

Porque el verdadero valor del trabajo no se mide por el dinero que genera.

Se mide por la vida que hace crecer.

2. CUANDO FALTA EL TRABAJO, SE HIERE LA ESPERANZA

a. Detrás de cada número hay un rostro

Cuando falta el trabajo, no sólo falta un sueldo. Se hiere la esperanza. Detrás de cada cifra de desempleo hay un rostro: un padre que no sabe cómo sostener a su familia, una madre que hace rendir lo que no alcanza, un joven que busca una oportunidad y no la encuentra, un hombre o una mujer que empiezan a sentirse inútiles.

El desempleo no sólo vacía el bolsillo. También vacía el corazón.

Quien pierde el trabajo pierde mucho más que un ingreso. Pierde proyectos, seguridad y, muchas veces, la confianza en sí mismo. Comienza a preguntarse: «¿Todavía sirvo para algo?».

Por eso el papa Francisco afirma: «No existe peor pobreza material que la que priva de la dignidad del trabajo».

El trabajo no sólo produce bienes.

Produce dignidad, esperanza y futuro.

Lo vemos todos los días en nuestra Argentina: jóvenes sin oportunidades, familias que viven con incertidumbre y trabajadores que no logran llegar a fin de mes.

No son sólo problemas económicos. Son heridas humanas.

b. Crear oportunidades

Por eso la Iglesia defiende el trabajo como un derecho. Una economía puede crecer y, al mismo tiempo, dejar personas afuera.

Una sociedad no es rica porque produce más. Es rica cuando crea oportunidades.

La ayuda social es necesaria. Nadie puede ser indiferente frente al hambre. Pero la asistencia, por sí sola, no alcanza.

La ayuda alivia una necesidad. El trabajo devuelve una vida.

Devuelve libertad, autoestima y la alegría de sostener a la propia familia con el fruto del esfuerzo.

Un hombre que recuperó su empleo después de mucho tiempo no dijo: «Volví a ganar dinero». Dijo: «Volví a sentirme persona».

Esa frase resume todo.

El trabajo no sólo llena la mesa. Vuelve a llenar el alma.

Hace que una persona vuelva a levantarse con un motivo, vuelva a hacer proyectos y vuelva a creer en sí misma. Y cuando recupera la esperanza, también la recuperan su familia y su comunidad.

Por eso Francisco insiste en que la mejor política social es crear trabajo digno. Toda persona necesita una oportunidad para desarrollar los talentos que Dios le dio.

Ésta es también una misión para la Iglesia. No basta con aliviar necesidades. Debemos acompañar, formar y abrir caminos.

Evangelizar también es devolver dignidad.

Cada empleo que nace es mucho más que un puesto de trabajo. Es una familia que recupera la tranquilidad, un joven que vuelve a creer en el futuro y una persona que vuelve a ponerse de pie.

Y allí donde un hombre o una mujer recuperan el trabajo, el Reino de Dios comienza a hacerse presente.

3. EL TRABAJO CONSTRUYE UN PUEBLO

a. El trabajo antes que el capital

El trabajo no sólo dignifica a la persona. También construye un pueblo. No existe una sociedad fuerte sin trabajadores comprometidos. No hay verdadero desarrollo cuando millones de personas quedan sin oportunidades. Por eso el papa Francisco afirma que el trabajo es la clave del desarrollo social.

Detrás de cada escuela, hospital, cosecha, empresa y camino hay hombres y mujeres que, muchas veces en silencio, sostienen la vida de todos. Sin embargo, vivimos en una época que admira el dinero y la tecnología, pero con frecuencia olvida al trabajador.

El dinero no produce. Las personas producen.

Por eso la Doctrina Social de la Iglesia enseña que el trabajo tiene prioridad sobre el capital. El capital es necesario, pero debe estar al servicio de la persona y nunca la persona al servicio del dinero. Cuando este orden se invierte, el trabajador se convierte en un número, la familia queda detrás de un balance y los jóvenes pierden oportunidades.

Francisco lo resume con claridad: «Dejar de invertir en las personas para obtener un mayor rédito inmediato es un muy mal negocio para la sociedad».

Una sociedad no es rica porque produce más. Es rica cuando hace crecer a su gente.

b. Un progreso que no deje a nadie atrás

Hoy la inteligencia artificial y las nuevas tecnologías están transformando el mundo del trabajo. No debemos tener miedo al progreso.

El problema no son las máquinas. El problema es cuando las personas quedan atrás.

Ninguna tecnología podrá reemplazar la compasión de una enfermera, la paciencia de un maestro, el amor de unos padres o la creatividad de un trabajador.

También nuestra Argentina conoce el desempleo, la precarización y el desaliento. Pero el trabajo sigue siendo una escuela de esperanza.

Trabajar es creer en el futuro.

Nadie siembra si piensa que no habrá cosecha. Nadie construye una casa si perdió la esperanza. Cada trabajador responde con su vida a quienes dicen que nada puede cambiar: «Sí vale la pena».

Vale la pena sembrar, educar, construir y seguir creyendo. Como dice san Pablo: «Su trabajo en el Señor no es en vano».

El bien siempre llega más lejos de lo que alcanzamos a ver.

Trabajar no es solamente producir bienes. Es construir fraternidad, cuidar la casa común y demostrar que la persona vale más que cualquier ganancia.

Defender el trabajo digno no es solamente defender un empleo. Es defender a la familia, a los jóvenes y al futuro de un país.

Las naciones no se construyen solamente con inversiones.

Se construyen con trabajadores.

Con hombres y mujeres que cada mañana vuelven a levantarse para servir con honestidad. Quizá nunca aparezcan en los diarios ni reciban un aplauso. Pero Dios sí los ve.

Porque quien trabaja con justicia, responsabilidad y amor no sólo se gana el pan.

Está construyendo un pueblo.

4. EL TRABAJO COMO ESPERANZA FRENTE A LA CULTURA DEL DESCARTE

a. La droga comienza cuando se apaga el futuro

Si hay un lugar donde se comprende el verdadero valor del trabajo es allí donde su ausencia deja las heridas más profundas. Lo vemos en nuestros barrios, tantas veces atravesados por la violencia y el narcotráfico.

La droga no nace en un porro, en una bolsa de cocaína, en una pastilla o en una jeringa. Nace mucho antes: cuando una sociedad les roba a sus hijos las razones para esperar, para soñar y para creer que vale la pena vivir.

Allí donde desaparece el horizonte, donde el futuro parece cerrado y un joven siente que nadie espera nada de él, el narcotráfico encuentra terreno fértil para sembrar muerte.

Detrás del consumo problemático rara vez hay solamente una adicción. Hay historias de pobreza, violencia, abandono, familias heridas, fracaso escolar y soledad. Hay una cultura que promete felicidad inmediata mientras vacía lentamente el corazón.

El drama no comienza cuando alguien consume. Comienza cuando deja de encontrar razones para levantarse cada mañana.

Por eso sería un grave error pensar que este flagelo se resuelve únicamente con controles, cárceles o represión. Todo eso puede ser necesario, pero no alcanza si no se combate la raíz del problema.

Ninguna sociedad vencerá la droga mientras siga fabricando descartados.

La verdadera batalla comienza mucho antes: cuando somos capaces de devolverle a una persona los vínculos, la confianza, la pertenencia, el sentido y la esperanza que había perdido.

b. El trabajo reconstruye una vida

Aquí aparece el valor insustituible del trabajo. No solamente porque permite ganarse el pan. El trabajo devuelve algo todavía más importante: la posibilidad de volver a creer en uno mismo.

Quien vuelve a levantarse temprano para cumplir una tarea, descubre que otros confían nuevamente en él y experimenta que su esfuerzo sirve para alguien,

empieza lentamente a reconstruir su vida. Recupera hábitos, disciplina, responsabilidad y, sobre todo, una verdad que la droga le había robado:

«Todavía puedo hacer el bien».

Eso es mucho más que conseguir un empleo.

Es comenzar una resurrección.

Los Hogares de Cristo, nacidos del corazón pastoral del entonces cardenal Jorge Mario Bergoglio, comprendieron esta verdad. Allí nadie es recibido como un adicto ni reducido a un expediente, a un consumo o a una recaída. Cada persona es acogida como un hijo de Dios cuya historia todavía no terminó.

El objetivo no consiste solamente en abandonar una sustancia. Se trata de recuperar una vida: reencontrar una familia, reconstruir amistades, descubrir talentos, sentirse útil y volver a ocupar un lugar en la comunidad.

Por eso tantos Hogares de Cristo, parroquias y centros barriales impulsan huertas, panaderías, carpinterías, talleres textiles, reciclado, emprendimientos y cooperativas. No buscan únicamente enseñar un oficio. Buscan enseñar nuevamente a confiar, a comprometerse, a respetar horarios, a trabajar con otros y a descubrir la alegría de saberse necesario.

Quien descubre que todavía puede servir, vuelve a descubrir que vale la pena vivir.

c. Los procesos necesitan tiempo

Francisco afirma en *Evangelii gaudium* que «el tiempo es superior al espacio». Nadie cambia de un día para otro. Las personas no se recuperan por decreto. Necesitan procesos, paciencia, cercanía y una comunidad que no abandone cuando aparecen las recaídas.

El trabajo forma parte de ese camino lento y fecundo mediante el cual la libertad vuelve a aprender a caminar.

Pero esta responsabilidad no pertenece sólo a quienes acompañan las adicciones. Es un desafío para toda la sociedad.

Cuando un joven deja la escuela, no consigue trabajo y siente que nadie lo necesita, ese vacío no permanece vacío por mucho tiempo. Alguien siempre lo ocupa. Y demasiadas veces quien llega primero es el narcotráfico, que ofrece dinero fácil, pertenencia inmediata y un falso reconocimiento que termina destruyendo la vida.

Por eso la lucha contra la droga no empieza cuando se destruye un cargamento de cocaína. Empieza mucho antes: cuando un barrio ofrece educación, trabajo, deporte, cultura, comunidad y esperanza.

La mejor política contra la droga es llenar de sentido la vida de nuestros jóvenes.

d. La fuerza de una comunidad organizada

La recuperación y la reinserción son fruto de una comunidad organizada. Ninguna institución puede responder sola a un drama tan complejo. El Estado es indispensable, pero no alcanza. La Iglesia sola tampoco alcanza. Tampoco las escuelas, las empresas, los sindicatos o las organizaciones sociales.

Nos necesitamos todos.

La comunidad organizada no es un eslogan político. Es una convicción profundamente cristiana. Significa comprender que nadie se salva solo y que la dignidad siempre se reconstruye junto a otros.

Cuando una parroquia abre sus puertas, una empresa ofrece una oportunidad, una cooperativa integra a quienes estaban excluidos, una escuela vuelve a abrazar a un chico o un vecino acompaña a quien estaba solo, comienza silenciosamente la reconstrucción del tejido social.

En ese camino, el trabajo adquiere una fuerza extraordinaria. Reconstruye familias, fortalece los barrios, genera vínculos sanos y le quita terreno al narcotráfico.

Cada puesto de trabajo digno es un espacio menos para la desesperanza.

Promover el trabajo no es solamente una decisión económica. Es una decisión ética, social, política y profundamente evangélica. Es creer, como Jesús, que ninguna persona puede quedar definida por sus caídas, que nadie merece ser descartado y que siempre existe la posibilidad de volver a empezar.

Jesús nunca miró a las personas desde su fracaso. Miró siempre aquello que podían llegar a ser. Ésa debe ser también la mirada de la Iglesia y de toda la sociedad.

Cada empleo que se crea, cada oficio que se enseña, cada emprendimiento que comienza y cada joven que recibe una oportunidad son una derrota para la cultura del descarte y una victoria de la esperanza.

Porque, como recuerda Francisco en *Fratelli tutti*, «nadie se salva solo». Nadie sale solo de una adicción. Nadie reconstruye solo una vida. Nadie recupera solo la esperanza.

Cada trabajo digno es mucho más que un salario.

Es un “no” al narcotráfico.

Es un “sí” a la dignidad humana.

Es un acto de confianza en el futuro.

Y es la proclamación silenciosa de que el Evangelio sigue teniendo fuerza para levantar a quienes el mundo ya había dado por perdidos.